

pero tan incomprensibles como los de un marciano. Por lo demás, este "mexicano" no tiene ningún relieve, es un personaje plano. Los de Hollywood, tal vez, no se animaron a asomarse al alma del mexicano, a la que sospechan tan misteriosa, como la de los apaches que mantienen, discretos, siempre a buena distancia de la cámara.

Widmark representa un aventurero mitad pillo y mitad filósofo; aquí, a través de uno que otro diálogo sospechamos, la remota, posible existencia de un escritor que murió víctima de "un corte aquí y otro allá". Richard es un escéptico; pero en el último momento

ofrenda su amor y su vida en aras del *happy end*. La justicia poética lo sacrifica; así él paga su pecado de egoísmo, y permite que el muchacho cincuentón y la muchacha, se salven de los apaches y puedan vivir felices el resto de sus días.

La muchacha era una mujer ambiciosa, y tuvo el valor de intentar una existencia mejor, veía en los hombres un medio de realizar sus deseos de lujo. Ahora, la desgracia sucedida a su marido, un buscador de oro, le produce un complejo de culpa, trata de espiar sus faltas sacrificándose: desea servir de señuelo a los

apaches para que los demás escapen. Este simple acto es suficiente para purificarla de su pasado ante los ojos de los dioses californianos; ya es digna de pertenecer al muchacho. Pero el marido no cree en la pureza de su mujer, la odia; mas a su pesar aún la ama, y también se sacrifica por el *happy end*, se hace matar por los indios, y así resuelve con su muerte el problema ético que crearía su existencia en el último rollo.

De Gary poco hay que decir, es el héroe perfecto, de este tipo de *western*, y como es de suponer se queda con la muchacha. *Fade out*.

*La semilla del sol se abre sin ruido.*

Octavio Paz.

**H**A dicho Dylan Thomas que "un buen poema es una contribución a la realidad". *Semillas para un himno* es una de estas contribuciones esenciales. En los poemas —el poema— que componen el libro, Octavio Paz parece llegar a la plena afirmación de su mundo. No que ahora encuentre el poeta un mundo nuevo, una nueva realidad que venga a añadirse a la realidad ya descubierta en poemas y libros anteriores. Todo verdadero poeta está en un poema y muchos de los poemas anteriores de Octavio Paz anunciaban ya este nuevo libro. En su constante lucha entre la soledad y la comunión, en su esfuerzo por trascenderse y liberarse de una poesía puramente interior para lanzarse hacia las cosas, Octavio Paz trataba de encontrar la unidad donde los contrarios vienen a reconciliarse. Desde un principio había afirmado que "el poema es un orden amoroso". Y es precisamente en el amor donde el mundo desgarrado de las apariencias puras adquiere el sentido unitario de la verdad. *Semillas para un himno* no es un libro de poesía desgarrada. No es tampoco un libro hermético. En él, el lector y el poeta contribuyen a la fundación de una nueva realidad, nombran diferentemente las cosas y el mundo interior de ambos se enriquece como se enriquece siempre que vienen a coincidir dos subjetividades en comunión.

El poeta nombra las cosas. Lo que importa es ver *como* las nombra. Uno de los procedimientos más constantes en la anterior poesía de Octavio Paz era la reiteración. En *Raíz del hombre*, en *A la orilla del mundo*, en muchos de los poemas recogidos en *Libertad bajo palabra*, la repetición frecuente de las imá-

# LIBROS

## Semillas para un himno

Por Ramón XIRAU

genes dentro del cuerpo de un mismo poema indicaba un frenesí por fijar el tiempo en instantes, por detener también el fluir constante de la conciencia. Pero la conciencia se perdía en este mismo anhelo de determinación. Al tratar de detener el instante se hacía sentir con más saña su carácter pasajero, flúido e inasible. El desesperado esfuerzo del poeta no hacía sino mostrar una inútil tentativa de persistencia:

y entre espejos impávidos un rostro  
me repite a mi rostro, un rostro  
que enmascara a mi rostro.

De una máscara a otra,  
hay siempre un yo penúltimo que  
(pide.  
Y me hundo en mí mismo y no me  
(toco.

El poeta quería lo eterno y se desesperaba cuando la naturaleza de las cosas no obedecía a su deseo de eternización. En *Semillas para un himno* Octavio Paz ha aceptado la realidad instantánea, la verdad de los sentidos. A partir de ella, sin desesperación, sosegadamente, trata de organizar un mundo de permanencia. La reiteración, también común en los poemas de su nuevo libro ha cambiado de signo. Si antes se trataba de partir de un mundo para desgarrarlo en instantes, se trata ahora de partir del instante para edificar un mundo. En el poema titulado *Semillas pa-*

*ra un himno* es clara esta tentativa. *Instantáneas*, *infrecuentes* son las dos palabras que constituyen el *leit-motivo* del poema. Con ellas se inicia y con ellas termina. El entero es un instante, un dilatado instante de belleza. Un instante que define al instante:

Hay instantes que estallan y son  
(astros  
Otros son un río detenido y unos  
(árboles hijos  
Otros son ese mismo río arrasando  
(los mismos árboles.

El instante no es aquí una entidad matemática. No tiene una latitud precisa. Mas que un instante es un duración. No puede ya reducirse al momento temporal que tan solo transcurre. En el instante, en la presencia del mundo puede fulgurar la eternidad. Puede presentirse la permanencia en la imagen poética y, en ella, la serenidad de un mundo luminoso.

Infrecuentes / Instantáneas noticias favorables dice el poeta. Pocas veces se realiza plenamente la visión clara del instante eterno. En cuanto se realiza, el mundo es todo gozo. "Por un instante están los nombres habitados". El poeta ilumina el mundo. Pero el mundo responde con su palabra a los sentidos del poeta que lo conjura:

Hablan con voz tan clara las  
(acequias  
Que se ve al través de sus palabras,

Un mito constante aparece en las páginas de *Semillas para un himno*. El viejo mito del Paraíso Perdido, de la Edad de Oro, de la "vida anterior", como decía Baudelaire. Ahora el poeta lo llama *Fábula*. Una fábula que es verdad en estos instantes infrecuentes, reveladores de la esencia de las cosas, cuando "cesa la vieja oposición entre verdad y fábula". Cuando, Todo era todos

Todos eran todo  
Solo había una palabra inmensa y  
(sin revés  
Palabra como un sol.

De esta primera y luminosa palabra ya no quedan sino los fragmentos, "las palabras del lenguaje que hablamos". Pero estas palabras son presencias y duraciones. A través de ellas podemos levantarnos hasta los orígenes unitarios de las cosas. Todo, en cada gesto, en cada signo no es ya sino la imagen del uno, de la luz primera y no del todo ausente.

Unidad y luminosidad (uno y luz son palabras que se repiten como cifras constantes de estos poemas), vienen ahora a componer esta poesía diurna, poesía de pleno día, cuando el sol ilumina parejamente la tierra y se disipan las sombras posibles o pasadas:

El día zumba en mi frente como  
(una idea fija  
En la frente del mundo zumba  
(tenaz el día.

¿Cuál es el origen de esta unidad? ¿Cuál la causa de esta luminosidad? Los poemas de *Semillas para un himno* son, principalmente, poemas amorosos. Y el amor es precisamente unión, vinculación, comunión. El poeta puede ahora hablarnos de la "luz", de la "belleza", de la "hermosura".

Eglogas del espíritu, estos poemas de Octavio Paz realizan plenamente la intención que, con dos versos de Quevedo, anunciaba en *A la orilla del mundo*:

Nada me desengaña,  
el mundo me ha hechizado.

IGNACIO M. ALTAMIRANO. (Prosas) Segunda edición. Prólogo y selección de Antonio Acevedo Escobedo. Biblioteca del Estudiante Universitario, 18. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma. México, 1955. 182 pp.

Participa en las prolongadas guerras de liberales y conservadores. Cuando triunfa su partido se retira de la carrera de las armas y toma la de las letras. Los años de lucha lo proveen de experiencia suficiente sobre la naturaleza humana, que luego aprovecha en sus novelas: *Clemencia*, *Navidad en las montañas*, *El Zarco*. Los personajes y el ambiente pretenden ser mexicanos a pesar del influjo que padecen de las novelas francesas, que su autor no supo eludir. Alta-

mirano, tiene ideas nacionalistas, en sus ensayos predica la necesidad de que los mexicanos se pinten a sí mismos y muestren su verdadera imagen; aunque reconoce el valor de las literaturas extrañas, pone de manifiesto la importancia de que México posea la suya propia, como la tienen los demás pueblos.

Altamirano es un demócrata y ejerce los principios liberales. Sabe reconocer las virtudes de sus enemigos y con facilidad olvida los agravios. Después de la guerra invita a todos los escritores a que juntos —sin importar partido— contribuyan a promover la cultura nacional. La principal pasión de Altamirano es el pueblo, por esto, adopta las formas literarias populares y el estilo llano y conciso que con facilidad comprenden los menos ilustrados. En sus crónicas de los periódicos satiriza a los poderosos, en sus estampas vernáculos exalta los valores de los humildes. Es un humanista que pasa de la política al apostolado de las letras, y combate la tiranía y la ignorancia, no importa donde estén: "... el hecho es que entretanto llega el día de la igualdad universal y mientras haya un círculo reducido de inteligencias superiores a las masas, la novela, como la canción popular, como el periodismo, como la tribuna, serán un vínculo de unión con ellas, y tal vez el más fuerte".

C. V.

JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA, *Relatos*. Segunda edición. Biblioteca del Estudiante Universitario, 28. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma. Selección y prólogo de Julio Jiménez Rueda. México, 1955. 190 pp.

Roa Bárcena, posee un espíritu semejante al de la mayoría de los escritores mexicanos del siglo pasado, lo caracteriza su lealtad a la vida y a las letras, y sobre todo, el respeto inquebrantable a sus principios, y a la virtud, aun de sus enemigos políticos. Nace en Jalapa, Veracruz, en 1827, y muere en 1908. Durante su dilatada existencia tiene oportunidad de ser testigo de numerosos acontecimientos que enriquecen su experiencia, entre otros, dos invasiones al territorio nacional, sin contar las muchas revoluciones tan comunes en su época. Pasa sus primeros años en la provincia natal, divide su tiempo entre los poemas románticos y el comercio, pero luego se traslada a la capital, en donde verdaderamente inicia su carrera literaria. Como otros muchos jóvenes ambiciosos se dedica a la literatura y a la política, carreras que en el siglo XIX mexicano eran paralelas. Entra en el partido conservador y escribe para sus periódicos: *La Cruz*, *El Eco Nacional* y *La Sociedad*. Poco a poco, con los trabajos que pasa el escritor mexicano de ayer y de hoy, va editando sus obras: *Novelas originales y traducidas*, *Poesías líricas*, *Varios cuentos*, todos con dinero propio y pie de imprenta prestado.

Cuando Francia interviene en los asuntos mexicanos, Roa Bárcena tiene en la memoria la injusta agresión yanqui, piensa que los franceses contrarrestarán la fuerza cada vez creciente de los Estados Unidos y darán el triunfo definitivo al partido conservador. Forma parte de la Junta de Notables, y luego de la Academia Imperial de Ciencias y Artes; pero cuando descubre que Maximiliano es más liberal que los liberales mexicanos, se aleja de la política, y se dedica a los negocios y a escribir. A la caída del Imperio, es condenado a dos años de prisión, pero sólo cumple unos meses en el convento de la Enseñanza. Al fundarse la Academia Mexicana correspondiente a la Española, obtiene los cargos de socio fundador y Tesorero. Muere en la ciudad de México.

Desde que publica sus primeras poesías, año con año aumenta en forma constante su bibliografía, su *Catecismo elemental de la historia de México* alcanza seis ediciones y cuatro el de *Geografía Universal*. Las características literarias de Roa Bárcena son el decoro y la versatilidad para mudar de género. Así en sus cuentos como en sus biografías demuestra dominio igual del estilo, y cuando deja de escribir poesías o prosas originales, se dedica a la traducción en la que manifiesta dotes poco comunes; así piensa Menéndez Pelayo: "pocas veces se ha visto Byron en castellano tan bien interpretado, y quizás, ninguna mejor". También traduce, aparte de varias novelas, poemas de Virgilio, Horacio, Schiller, Shakespeare, y Tennyson. Es un biógrafo honrado —igual que en su conducta— de José Joaquín Pesado, Manuel Eduardo de Gorostiza y Manuel Carpio. Su obra literaria merece los elogios de los críticos extranjeros, entre otros los de Miguel Antonio Caro y de Juan Valera.

En el presente volumen aparecen: *Noche al raso*, que es una serie de relatos encadenados sólo por el capricho, a la manera de *Las Mil y una noches*, de la que Juan Valera expresa: "lindísima colección de anécdotas y cuadros de costumbres, donde el ingenio, el talento y la habilidad para narrar, están realizados por la naturalidad del estilo y por la gracia y primor de un lenguaje castizo y puro, ..." y de *Lanchitas* dice, "la fantasía del autor y su arte y buena trasa prestan apariencias de verosimilitud y hasta de realidad al prodigio más espantoso". *Combates en el aire*, es una narración poética, recuerdos de la juventud, en la que se mezclan la prosa y el verso. Y por último, *Discurso*, que no es otra cosa que la biografía del liberal Manuel Eduardo de Gorostiza, que pronuncia el autor en el Liceo Hidalgo. Esta pieza oratoria es preparada con todo cuidado. Roa Bárcena se documenta lo mejor que

puede, luego procura revivir el ambiente en que se movió Gorostiza, y le hace justicia, dejando a un lado las ideas políticas.

C. V.

J. J. IZQUIERDO, *El hipocratismo en México. Con una reproducción facsimilar de las Lecciones del Doctor Montaña, segundas de su versión castellana. Cultura Mexicana, 13 Imprenta Universitaria. México, 1955. 268 pp.*

En la enseñanza y en la práctica de la medicina regían las teorías de los maestros de la antigüedad, aún al iniciarse el siglo XIX, tanto en la Vieja como en la Nueva España, y eran desdeñados los autores modernos. En México hasta 1833, se derogaron las Constituciones por las que estaba gobernada la Real y Pontificia Universidad de México, y las cuales disponían que la cátedra de medicina estuviera basada en la lectura de los textos hipocráticos, sin importar que éstos sólo repitieran conceptos ineficaces, pasados de moda, y sin contacto con los últimos descubrimientos.

El poblano Luis José Montaña (1755-1820), olvidado por mucho tiempo, debe su fama actual, tal vez, a la adversidad. Sus repetidos fracasos al tratar de obtener una cátedra en la Universidad, fueron la causa de su interés por el estudio de la botánica, la química, y el examen de los enfermos. Al fin, después de mucho tiempo de insistir le dieron la cátedra de medicina, la que impartió de una manera revolucionaria para su época; pero su talento pronto le creó enemigos que con intrigas y calumnias lo expulsaron de la escuela. Y Montaña, como un medio de defensa, publicó algunas de sus obras. Sus *Praelectiones*, no son más que las lecciones que impartía en su cátedra, en latín.

Montaña en sus *Praelectiones* sigue los *Aforismos* de Hipócrates; pero es un innovador por varias razones: eligió una fuente de información no usada en México, la versión de Anutio Foesio; contra la costumbre, no dejó que los *Aforismos* fueran aprendidos de memoria, y los ordenó en grupos que facilitarían el estudio; y por el carácter de sus comentarios, siempre dirigidos a asociar el hipocratismo con los métodos más modernos.

Montaña piensa que la mayoría de los comentadores de Hipócrates sólo deforman con vanas especulaciones filosóficas las enseñanzas del maestro, y que éstas se fundaron en una profunda observación de la naturaleza, y no sólo fueron una mesa creación conceptual, más o menos ingeniosa. En fin, se queja de la carencia de espíritu científico de los médicos que primero inventan teorías para luego tratar de demostrarlas en la práctica, y creen que la medicina se limita a ela-

borar sistemas filosóficos o dogmas religiosos, sin contacto con la observación y la experiencia del arte de curar. Y aboga por la adopción de los métodos observacionales y de investigación que ya comenzaban a usarse en los demás ciencias, que el piensa prestarán una gran ayuda a la medicina, en el futuro.

Montaña es un precursor de la medicina en México; aunque sigue a Hipócrates, no comparte todas sus teorías, y está muy por encima de los doctores mexicanos de su época, que ignoraban los descubrimientos de Lavoisier y sus colaboradores, y ni siquiera eran capaces de interpretar con propiedad el espíritu hipocrático. Niega la hipótesis de los humores y los espíritus, y propone una interpretación química de éstos. Además condena el uso de las sangrías, los purgantes fuertes, los antipútridos, y los alexifármacos. Y son muy importantes sus *conceptos funcionales* sobre la salud y la enfermedad.

La contribución hipocrática del doctor Manuel Carpio, en México, se limita a su traducción al idioma español de los *Aforismos*, ya que él, como Montaña su amigo y paisano, pensó que: "por el descuido con que era vista la lengua latina, las cosas médicas eran vertidas muy a la ligera".

C. V.

*Documentos para la historia de la litografía en México, recopilados por Edmundo O'Gorman, con un estudio por Justino Fernández. Instituto de Investigaciones Estéticas. Universidad Nacional Autónoma de México. Estudios y Fuentes del Arte en México, I. Imprenta Universitaria. México, 1955. 116 pp.*

Claudio Linati de Prevost de origen noble, introductor de la litografía en México, nació en Parma, Italia. Fué educado convenientemente de acuerdo a su rango, en las artes liberales, en las que se instruyó en literatura, dibujo, grabado y litografía. En París, donde fué a estudiar pintura, conoció a David, quien influyó decididamente en su educación neoclásica. Aunque por otra parte, su espíritu romántico y amante de la libertad hace recordar al héroe de la *Cartuja de Parma*. Como Fabrizio, él también fué un entusiasta de lo heroico, de lo grande, y de Napoleón, al que se unieron los dos. Linati peleó en el ejército napoleónico en varios lugares de Europa, hasta que fué tomado prisionero en Hungría.

Al firmarse la paz, marchó a España, en donde su familia poseía propiedades; allí se casó con Isabel de Barcardi, y nació su hijo Filippo, quien como su abuelo paterno y su padre, con el tiempo llegó a ser un distinguido artista y político.

Linati de vuelta en Parma, se unió al movimiento *Carbonario*, del que fué activo agente. Una vez más luchó por la libertad; pero cayó prisionero. Logró huir a Fran-